



Discurso de Doctora Ana Pizarro, al recibir la distinción de Profesora Emérita de la Universidad de Santiago de Chile, el 5 de octubre de 2023

Discurso da Doutora Ana Pizarro, ao receber a distinção de Professora Emérita da Universidad de Santiago de Chile, o 5 de outubro de 2023

Speech by PhD Ana Pizarro, upon Receiving the Distinction of Professor Emerita of the Universidad de Santiago de Chile, on October 5, 2023

Ana Pizarro

Universidad de Santiago de Chile, Santiago, Chile,
ORCID 0009-0008-0593-233X, ana.pizarro@usach.cl

Recibido: 14/12/2023 Aprobado: 15/12/2023 Publicado: 30/12/2023

Señor Rector, autoridades, amigos todos:

Agradezco la distinción que me otorga la Universidad de Santiago. Me permito hacerlo con una reflexión que tiene que ver con mi relación con el conocimiento, que es también mi relación con la universidad como institución. Pero evidentemente tanto la primera como la segunda no pueden dejar de tener que ver con la historia de nuestro país.

Ingresé a la Universidad de Concepción en 1963 como asistente siendo aún estudiante. En 1973, a partir del golpe militar ejercí mi labor como docente en distintas universidades del mundo para reasentarme en 1991 en la Universidad de Santiago, que me acogió con generosidad durante 30 años, a la vuelta del exilio.

Jean Paul Sartre, tan admirado en mi generación, comienza ese texto maravilloso que es *Les Mots*, (Las palabras) de 1964 con la siguiente frase «He comenzado mi vida como seguramente la terminaré: en medio de los libros». Es con toda evidencia una declaración hermosa sobre el curso de una vida. Podría decir lo mismo. Pero cuando la leo, me surge de inmediato el contraste y percibo —yo que he vivido también sumida en las páginas escritas—, percibo que he comenzado mi vida como seguramente la terminaré: en medio de las palabras. Pero entre las palabras escritas y la oralidad, porque es la diferencia del universo del filósofo francés con nuestro universo, con nuestro Sur Global, diríamos hoy. Un mundo en donde los sabedores se sientan a armar el mundo desde la palabra hablada, que es otro modo de construir sabiduría.

He ido acercándome al conocimiento como queriendo acceder a una forma de organización de lo real. He ido apropiándome de las palabras en el sorpresivo descubrimiento, de que no nacieron para mí sino que ellas tienen una memoria ancestral. Que el hacerse cargo de su historia es percibir sus capas sucesivas, su curso, su proceso, sus vaivenes y posibilidades, sus opacidades, sus claros; en suma, su movimiento. Un curso hecho de meandros, de accesos truncados, de corrientes marginales, de enriquecimientos súbitos. Algo así como el movimiento, el curso de los ríos.

Y hablo de ellos, porque mi relación con el conocimiento ha estado marcada por los ríos. No solo por el Amazonas con el que, gracias al Instituto de Estudios Avanzados de la Universidad de Santiago, y la Fundación Guggenheim, he podido estar dialogando en los últimos veinte años. Hablo también de otros ríos. Por ejemplo del Aconcagua, ese caudal pedregoso en medio de la sequedad de los espinos, que baja saltando límpido sobre las piedras desde la cordillera. Allí es el primer encuentro con la literatura: como no sabe contar cuentos, la madre te lee poemas. El primer acceso a la poesía: la primera Mistral, el primer García Lorca, el primer Óscar Castro.

Hablo también del Biobío de los estudios universitarios en el sur, con el acceso voluptuoso de la adolescencia a la épica hispana, al Carlomagno francés, *al colige virgo rosas* de Ausonio, pero ahora en la Europa del siglo XVI, a los entonces recientemente traducidos textos prehispánicos en México. Todo el entusiasmo a la vera del Biobío, el río sigiloso, escurridizo, que transporta el silencio cordillerano con acento mapudungun y parece siempre estar meditando. Hasta

que desde la otra orilla acarrea a los mineros del carbón en andanada y los hace desfilar por la ciudad. Entonces, el choque con nosotros mismos, la sorpresa de los pies descalzos, las ropas en harapos, el trabajo en la lluvia y el frío, la enfermedad, la muerte y la necesidad nuestra de abrir el conocimiento del país a otra perspectiva. Es el enfrentamiento con la desigualdad. Es así como más tarde la búsqueda del saber se amplía, hacia un espacio más sociológico, más sobre la historia concreta: se amplía al campo y al movimiento mapuche que da sus primeros pasos —son ya los años sesenta— en la reivindicación de un hacerse reconocer y recuperar su tierra. Descubres entonces que su lengua es poesía.

Desde el Biobío, el sigiloso, se vive luego la tragedia.

El golpe militar de hace 50 años que conmemoramos estos días, su nivel de destrucción que nos transforma a todos la vida. Durante este mes de septiembre, el gran público ha accedido al conocimiento de la capacidad infinita del horror, que antes solo se refería al holocausto judío en Europa. Ahora tenemos el referente aquí en medio de nosotros. Se dan a luz cientos de testimonios, se comienza a juzgar a algunos responsables, gran parte de las víctimas aún no aparecen. El episodio de la historia del país que nos tocó vivir no es un drama, a pesar del desborde de datos del padecimiento humano. Es necesario mirarlo con la altura de la tragedia, porque ella despoja, como dice Barthes, la multiplicidad del horror en el sufrimiento, reduciéndolo a su esencia irreductible, a la más pura expresión del dolor presentado en la dignidad de su desnudez.

Cuánto no se ha escrito sobre el río Sena. Bajo sus puentes pasan los

días y se marcan las semanas: «Ni temps passé ni les amours reviennent», escribe Apollinaire, el gran impulsor de la modernidad en las artes, que lo observa desde el puente Mirabeau. Allí nace la idea de estudiar a Huidobro, ese «chileno desarraigado» como se le veía allí. Atrae su condición de entre culturas, cuando esa expresión aún no existe como lo hace hoy. Se intenta indagar en qué lo hace diferente de los vanguardistas europeos de la época mientras se cree oír en el Canto VII de *Altazor* la música del Sena bajo los puentes. Más tarde, ya exiliada, la Sorbona tendrá la generosidad de invitarme a dictar cursos de literatura latinoamericana. Una carta de Jacques le Goff al embajador Pierre de Menthon me ha permitido salir del país. La permanencia a orillas del Sena me obliga a adquirir nueva información teórica y a la vez a indagar en la historia cultural de América Latina, sobre la que llevo adelante un proyecto internacional que dura quince años. Allí se genera una sensibilidad teórica distinta. Curiosamente la experiencia europea impulsa a experimentar más intensamente el latinoamericanismo que ya es raigal. A su vez se desprende de ella un fuerte sesgo anticolonial. Son los días de Vietnam primero, luego de las revoluciones anticoloniales africanas.

En el recuento de los ríos que marcaron la relación con el conocimiento aparece el río —serpiente— enroscada que conforma el último hábitat intelectual y emocional. El Amazonas. Agua en movimiento, en caída desde los Andes, llega a la planicie y es como la nervadura de una hoja su figura, extendida sobre ella hasta el Atlántico. Río, movimiento y vida, historia inscrita en la vitalidad de las plantas o la opacidad de los petroglifos. El descubrimiento

de la pluralidad de esas culturas conmueve y se siente experimentar en un laboratorio del continente. Allí el conocimiento se mueve entre las disciplinas como el agua del inmenso Amazonas que acarrea islas flotantes y maderas, desvía o amplía su curso. Como el bioma, las identidades vegetales, animales o minerales son múltiples, cambiantes, adaptativas, movedizas. El conocimiento necesita saltar de un espacio a otro porque las relaciones son plurales. Acceder a su conocimiento es dejar atrás las ataduras y aventurarse en un espacio inédito.

La posibilidad de entrar en este ámbito me la dio el Instituto de Estudios Avanzados de la Universidad de Santiago. Debo agradecer al instituto esta posibilidad que redundó en publicaciones y premios. Debo agradecer al instituto ser un espacio en donde es posible investigar sin ataduras, formar grupos de trabajo, alimentar proyectos teniéndolo de respaldo para diferentes aventuras del conocimiento. Ojalá esta forma de su identidad se mantenga en el tiempo porque es a partir de esas condiciones que se puede producir saber. Justamente ahora se hace más necesario que nunca, ahora que se comienza a abrir caminos inéditos en el campo de la biología, en el del espacio, ahora que la robótica o la inteligencia artificial se abren a un futuro prometedor e incierto, ahora que la transformación climática permea nuestro futuro. Ahora que se redefine tensionalmente el sistema mundial y se enfrentan los nuevos campos del poder, el trabajo que hacemos y que pareciera invisible se hace más necesario que nunca. Este es justamente el de encontrar el sentido y señalar los límites que permitan habitar un universo de humanidad.

Agradezco en particular a los colegas que conforman el IDEA y en especial a mi grupo de Pensamiento y Cultura, porque he visto su crecimiento, por el trabajo mismo que han desarrollado. Por el entendimiento en la diversidad. Por el apoyo y la calidez que me han permitido experimentar. Muchas gracias.

Ana Pizarro
Universidad de Santiago de Chile